

pero no impidieron que Napoleón hiciera declaraciones tranquilizadoras; y cuando se publicaron algunos folletos que recomendaban la conquista de la Bélgica y de la frontera del Rhin, entre otros particularmente uno que tenía el título: *Los límites de la Francia*, el gobierno rechazó oficialmente en el *Monitor* toda comunidad con los autores de estos escritos, diciendo que su espíritu estaba tan distante de las intenciones del emperador como de su política francamente manifestada. Al mismo tiempo se hicieron declaraciones diplomáticas que fueron muy bien recibidas tanto en Berlín como en Viena. El primer ministro de Prusia escribió en 28 de diciembre al embajador prusiano en París que el rey apreciaba en lo mucho que valían los méritos contraídos por el príncipe Luis Napoleón en defensa de la causa del orden, y que consideraba las declaraciones del emperador como una garantía de que la intención del nuevo gobierno de Francia era perseverar en su política pacífica, con lo cual mostraba el respeto más sincero a los derechos de todos y se obligaba a cumplir los tratados existentes y respetar las fronteras sobre las cuales descansaba la organización política europea. Por lo mismo, reconocía el rey al emperador y por lo mismo continuaría también las relaciones amistosas que existían entre los dos países.

De una manera análoga se explicó el gobierno de Austria y el 11 de enero su embajador en París y el de Prusia presentaron sus credenciales, imitándoles en seguida los Estados de segundo y tercer orden de Alemania. El czar había reconocido a Napoleón algunos días antes; pero tratándole solo de buen amigo y no de hermano o primo, lo cual disgustó mucho en las Tullerías, según dió á entender Drouyn de Lhuys en un despacho muy hábil que envió al embajador francés en San Petersburgo (1). Se había excusado Kisseleft, embajador de Rusia en París, diciendo que el emperador ruso solo podía tratar de hermanos á aquellos soberanos que lo eran por el mismo principio que el de Rusia, y el ministro francés refutó este argumento con el ejemplo del emperador Alejandro I, que no negó el título de hermano á Napoleón I, y en general dijo que, en semejantes casos, debía tomarse por norma la tradición de las cortes antiguas, enfrente de las cuales la de San Petersburgo, siendo una de las cortes más modernas, no podía pretender mayor autoridad que ellas. En esta parte la corte de Rusia se encontraba al mismo nivel y en el mismo caso que la república francesa de 1792, es decir, que quería hacer propaganda peligrosa á favor de principios determinados; pero esto autorizaba á los principios opuestos á creerse también admisibles y resultaría al cabo una lucha entre los gobiernos procedentes de la voluntad nacional y los de otro origen. Al final decía el ministro al embajador francés en San Petersburgo, que estas consideraciones debían servir solo para su gobierno y que oficialmente pasara por alto la irregularidad del reconocimiento ruso. Este despacho expuso en términos muy precisos el disgusto que se sentía en la corte imperial de París y que probablemente llegó por medio extra-oficial á oídos del emperador de Rusia.

A los reconocimientos oficiales siguió en todas partes la aprobación de la opinión pública en general. Sin embargo, en la prensa liberal continuaron los ataques contra el emperador, y el *Morning Advertiser* dijo en su número del 7 de enero que en todo el ámbito de la tierra no había situación ninguna que pudiera compararse con el despotismo que pesaba sobre la Francia y con la abyección á que estaba condenada; que el emperador pisoteaba las libertades del país; que su nombre era equivalente á opresión y tiranía; que era el per-

(1) Harcourt: *Les quatre ministères de M. Drouyn de Lhuys*, París, 1882.

juo más criminal que había existido jamás, el monstruo más abominable que había cubierto la humanidad de la mayor ignominia; que en Francia nadie, ni la prensa, se atrevía á abrir la boca, ni en la calle ni en sociedad, y que no tardaría el país en hundirse en una barbarie de la cual no se encontraba ejemplo en la historia de las naciones. La exageración quitó á estas acusaciones su efecto peligroso, de tal suerte que el emperador no titubeó en mandar reproducir en el *Monitor* este y otros artículos análogos, al paso que rechazaba en la misma prensa de Inglaterra sus ataques, y no tardó en establecerse allí una fuerte corriente á su favor.

Por muchos y violentos que fuesen los ataques á que continuó expuesto el imperio, es innegable que al cabo de cortísimo tiempo fué considerado en el interior del país y en el extranjero como robustamente consolidado. Las modificaciones que la dignidad imperial hacía necesarias en la constitución, como la dotación fija de los senadores y la introducción de las dietas para los diputados, fueron aprobadas por el senado en 23 de diciembre por 64 votos contra 7, y el mismo senado-consulta amplió los privilegios del emperador en muchos puntos importantes, autorizándole especialmente para modificar por simple decreto las disposiciones del decreto dictatorial del 22 de marzo respecto de la posición relativa de las grandes corporaciones públicas entre sí.

El derecho de discusión concedido á los diputados en materia de presupuestos se redujo á la facultad de aprobar la suma total destinada á cada ministerio, sin discutirla como antes por capítulos, si bien se comunicaría á los diputados para su mejor inteligencia la distribución en capítulos y artículos. Quedó reservado al emperador el derecho de modificar posteriormente la repartición de la suma total, por medio de un decreto que debía examinar el Consejo de Estado. Trascendental fué también la interpretación del privilegio del emperador de hacer tratados de comercio en el sentido de que las modificaciones que resultasen en los aranceles tendrían inmediatamente fuerza de ley. De esta suerte la cámara quedó privada de toda cooperación en las cuestiones aduaneras. En las obras públicas también podía sobreponer el emperador su opinión á la de la cámara, porque quedó autorizado para conceder créditos extraordinarios destinados á estas obras y que solo se presentaran al cuerpo legislativo para su aprobación en la próxima legislatura. Un derecho de discutir los presupuestos sujeto á semejantes limitaciones, no podía ser tomado en serio.

### CAPITULO III

#### LA CORTE Y LA SOCIEDAD

La numerosa parentela del emperador fué dividida por resolución del senado en dos grupos. Entraban en el primero los individuos con derecho á la sucesión, y el segundo comprendía los que no tenían tal derecho. El emperador fijaba los títulos y posición de cada uno, como también el orden de la sucesión, en la inteligencia de que ésta debía quedar limitada á los hijos legítimos de los hermanos de su tío ó sea del único hermano todavía existente de Napoleón I, el ex-rey Jerónimo. Este, que era el patriarca de la familia, había nacido en el año 1784 y era el único testigo vivo todavía del primer imperio, habiendo ceñido también en su día una corona real. Era este Bonaparte cuñado del rey de Wurtemberg y el lazo más fuerte que unía la familia Bonaparte á las dinastías antiguas. El viejo Jerónimo sabía muy bien lo que esto significaba, y en proporción á su significación eran sus grandes exigencias á la liberalidad y á las mercedes de su imperial sobrino. No podía explicarse satisfactoria-

mente la grande influencia que ejercía en ciertas ocasiones sobre el emperador por los méritos que podía haber adquirido en los últimos años en concepto del sobrino ni menos por sus dotes intelectuales. Se murmuraba muy claramente que este anciano se hallaba en posesión de papeles con los

cuales le bastaba amenazar al emperador para obtener cuanto quisiese, que con ellos podía probar que Luis Napoleón no era siquiera hijo del que suponía su padre ni de ningún Bonaparte (1). A la misma circunstancia se atribuyó la extraordinaria condescendencia que el hijo de Jerónimo dis-



El príncipe Jerónimo Napoleón (según fotografía)

frutaba de parte del emperador, condescendencia que excitó á menudo el asombro general. Este hijo, el príncipe Napoleón, ó *Plonplon* (sobrenombre que le dieron los franceses), era sin duda una persona muy inteligente é instruida científica y literariamente, con grandes dotes oratorias, y con ideas políticas, filosóficas y sociales más bien radicales que liberales. En las pequeñas y selectas comidas que daba, reunía á los libre-pensadores, ateos, utopistas políticos y soñadores socialistas más notables (2); pero al lado de Renan, Littré,

Dumas y Girardin, pasaba también su tiempo con otras personas de las cuales la crónica escandalosa de París contaba cosas indescriptibles. Había recibido de la naturaleza el favor especialísimo de ser el retrato vivo del primer Napoleón, con sus rasgos puros y finos, y su mirada penetrante; y su presencia y actitud cuando él quería, revelaban su innata

está depositada en los archivos del ministerio de Justicia del Haya y fué enseñada al marqués Aquiles de Jouffroy por el señor Box, conservador de los archivos en su época ó empleado superior del ministerio de Justicia. Napoleón, hijo de Jerónimo, pretende poseer 33 cartas importantes relativas á esta queja.»

(2) Beaumont, pág. 199; Maupas, tomo II, págs. 120 y siguientes; Jerrold, tomo II, pág. 381; *Revue des Deux Mondes*, tomo X, página 965.

distinción. Tenía el don de presentarse, según las circunstancias, á voluntad, ya con orgullo, ya con altanería, ya alegre y seductor, ya valiente y activo. Era dueño del lenguaje en un grado extraordinario; pronunciaba á menudo verdaderos discursos, que siempre producían la impresión que él deseaba, hasta en sus conversaciones con sus amigos y comensales; y cuando hablaba en el senado, donde sus ideas solo tenían contrarios, alcanzaba no obstante, por regla general, triunfos oratorios. Sus relaciones con el emperador oscilaban continuamente, y ya en 1846 había escrito Luis Napoleón hablando de él á Vieillard: «No se le puede describir: tan pronto es franco y leal como reservado y lacónico; unas veces se muestra poseído de entusiasmo por la gloria, lleno de compasión y capaz de todo lo grande y noble, y otras poco comunicativo, informal y nulo.» No hay duda que este joven ambicioso, que había nacido en 1822, estaba muy disgustado porque su primo Luis le había quitado el papel de pretendiente, papel que quiso recuperar evidentemente hasta el golpe de Estado y aun después, como candidato del partido rojo; y si mas adelante no pensó ya en comover el imperio, criticó sin consideración lo que no le gustaba y tuvo públicas relaciones con los adversarios del régimen imperial. De todos modos, dió á conocer que no estaba contento con su posición, lo que en gran parte fué por culpa suya; porque cuando el emperador le confiaba algún encargo, no tardaba en hacerse imposible, como por ejemplo cuando fué nombrado embajador en Madrid y ministro de Argelia. Tronchó su carrera militar la acusación de cobardía que se le dirigió por su comportamiento en la batalla de Inkerman, á pesar de las seguridades en contrario que dió Canrobert. Tantas sátiras y agudezas buenas y malas se hicieron y se echaron á volar, que era natural que el príncipe hubiese desmentido aquellas voces á cualquier precio; pero ni siquiera aprovechó la ocasión que para ello le ofreció la campaña de Italia, y el resultado fué que el mismo partido bonapartista le miró como un cobarde fanfarrón y le trató de intrigante ambicioso y de libertino ateo.

Su hermana la princesa Matilde, que tenía dos años mas que él, había pensado en otro tiempo en casarse con Luis Napoleón, pero se casó en 1841 con el riquísimo príncipe Anatolio Demidoff, del cual se divorció en 1845, viviendo después en París de una renta de 200,000 rublos que le pasaba su marido. En París solía hacer los honores en las fiestas que daba el príncipe-presidente. También esta princesa era aficionada á las artes y ciencias, y acuarelista bastante notable, y la riquísima colección de obras modernas de arte que adornaba sus salones, demostraba su exquisito gusto. Allí en su palacio de la calle de Courcelles se reunían los autores, escultores y pintores mas distinguidos, y durante el invierno se sucedían los bailes, conciertos y representaciones dramáticas. Solía pasar los veranos en su palacio de Saint-Gratien, cerca de Enghien, donde también se reunía una sociedad interesantísima. Formaban la suya mas íntima Sainte-Beuve, Renan, Dumas, Nieuwekerke, Viel Castel y el pintor Giraud. Con el emperador vivió siempre en la mejor inteligencia, pero no con su hermano ni con su padre, con los cuales estaba casi siempre reñida.

Durante cierto tiempo llamó la atención en la corte de París un nieto del viejo Jerónimo Bonaparte. Este se llamaba Jerónimo Bonaparte Patterson; había nacido en 1832 en América, donde su padre era agricultor, y en 1852 pasó á Francia, donde entró en el ejército. Napoleón I había declarado ilegítimo el matrimonio de la abuela del joven, miss Patterson, con Jerónimo, que á la sazón no era todavía mayor de edad, por haberse efectuado aquel matrimonio sin el consentimiento del jefe de la familia. Los enemigos del prin-

cipe Plonplon se lisonjearon durante algún tiempo con la esperanza de que el emperador Luis Napoleón reconociera al cabo de tiempo aquel matrimonio, aunque no fuese sino para dar una lección á su primo que tanta oposición le hacia; mas esta esperanza no se cumplió, y solo concedió el emperador en julio de 1855 á la familia Patterson el derecho de usar el apellido Bonaparte, sin otras consecuencias civiles. Con esto se desvaneció pronto el interés que había inspirado el joven americano (1).

Después de la familia de Jerónimo ocupaba el lugar mas inmediato cerca del emperador la llamada rama mayor, cuyo jefe era el príncipe Carlos de Canino, hijo mayor de Luciano Bonaparte, que en 1848 y 1849 había figurado en Roma como uno de los jefes demócratas, haciendo un papel muy poco simpático para el príncipe-presidente, al cual se hizo después muy molesto hasta su muerte, ocurrida en 1867. Estaba casado con una prima suya, hija de José, el ex-rey de España. De este matrimonio nacieron tres hijos varones y cinco hembras, todos los cuales asediaron á Napoleón III pidiendo pensiones y empleos lucrativos. No representaron ningún papel político. José, el hijo mayor, murió en 1865 en Roma; Luciano, el segundo, era cardenal, y el tercero, llamado Napoleón, se casó con la princesa Ruspoli, entró en el ejército francés y tomó parte en la expedición de Méjico. Entre las hijas había tres ya casadas cuando Luis Napoleón dió el golpe de Estado: una era la marquesa de Rocca-Giovine, cuya gracia infantil le conquistó las simpatías de todo el mundo, y las otras dos eran las condesas Primoli y Campello. Las dos menores se casaron en 1857, una con el príncipe Gabrielli y la otra con el conde de Cambaceres.

Mas molestos que esta numerosa familia de su primo Canino, se hicieron para el emperador los hermanos políticos de aquel primo. Eran estos los hijos é hijas de Luciano Bonaparte habidos en su primer matrimonio con Alejandra de Bleschamps, viuda del corredor de letras Jouberton. El mayor de estos hijos Luis Luciano nació en 1813; apoyó á su primo siendo diputado por Córcega y después por París, y fué ascendido á senador. Tenía gustos científicos y se dedicó en particular á estudios lingüísticos algo confusos, publicando la parábola del Sembrador, del Evangelio de San Mateo, traducida en setenta y dos idiomas y dialectos europeos. Era de todos los hermanos el mas inofensivo. El segundo hermano, Pedro Bonaparte, fué para Luis Napoleón un pariente muy peligroso y molesto. Hallábase en América cuando Luis Napoleón fué deportado allí, y entonces se confundió á Luis con su pariente Pedro Bonaparte, atribuyéndose al primero muchísimas malas aventuras del segundo. Pedro Bonaparte era un pendenciero incorregible: tomó parte en sublevaciones é intentonas en los países mas diferentes, en Colombia, en Albania, en los Estados de la Iglesia y en Argelia. Tuvo muchos desafíos; en Roma mató ó hirió á dos polizontes que tenían orden de prenderle; y en fin, con su carácter disoluto, iracundo y desenfrenado gozaba de pésima fama. También había llegado á ser diputado en 1848 y había votado siempre con la extrema izquierda, excepto cuando se trataba de la persona de su primo, por lo cual éste le recompensó concediéndole la dignidad de príncipe, pero no vivió en la corte ni la frecuentó. Vivía ya en Auteuil, ya en Córcega, y pasaba la mayor parte del tiempo en la caza. De cuando en cuando parecía querer dedicarse á trabajos literarios, y tradujo, por ejemplo, una tragedia de Nicolini en versos franceses, y en 1868 escribió un folleto sobre la frontera del Rhin; pero estos trabajos eran raras interrupciones de sus ocupaciones favoritas. Su hermano Antonio, el ter-

(1) Viel Castel, tomo III, pág. 258.

cero de la familia, fué durante la república diputado por el departamento del Yonne y en general representó un papel político insignificante.

De las hermanas ocuparon poco la atención las dos menores, la condesa Valentini y la abadesa; pero en cambio la hermana mayor, Leticia, que había nacido en 1804, hizo hablar mucho de sí por su vida aventurera, lo mismo que su hija María, casada en primeras nupcias con el conde de Solms y después con Ratazzi, presidente del ministerio italiano. Otra hija se casó con el general húngaro Turr y un hijo fué cadete de marina, en cuya calidad cobraba del emperador la modesta pensión de dos mil francos.

Entre los descendientes de las hermanas de Napoleón I figuraron en primera línea los Murat. Era el jefe de esta rama Luciano Murat, que nació en el año 1803 y se casó en América con la señorita Fraser. Después de la revolución regresó á Francia y fué elegido diputado; el presidente le envió de embajador á Turin, y ya emperador le hizo en 1852 senador y al año siguiente príncipe. Luciano Murat no dió motivos de queja á Luis Napoleón; cuando á éste con vino salió á la escena con sus pretensiones al trono de Nápoles, y cuando dejó de convenirle volvió á abandonar estas pretensiones. Su hija mayor había permanecido fiel á la fe protestante, que era la de su madre, y se había casado con el baron de Chassiron. Otra hija menor se hizo católica entre 1860 á 1870 y se casó con el duque de Mouchy. Ambas hermanas estuvieron siempre en las mejores relaciones con el emperador y la emperatriz. El mayor de los hijos, Joaquin Murat, que nació en 1834, era ayudante del emperador; el segundo, Aquiles, estaba casado con Dadiani, princesa de Mingrelia, y dió mucho que hablar con sus deudas; y el tercero, llamado Luis Napoleón, nació el año 1851 y entró en la marina. Además formaban parte de la familia Murat los descendientes de las hijas del antiguo rey de Nápoles, Joaquin, las condesas de Rasponi y Pépoli, y además un nieto del hermano de Joaquin llamado Andrés. Este nieto, el conde Joaquin Murat, entró en la carrera diplomática é hizo algún papel como diputado en los últimos años del imperio.

Los príncipes de Borghese, descendientes de Paulina, hermana de Napoleón I, tuvieron pocas relaciones con la corte imperial; no así los de Elisa Bonaparte, casada con Félix Bacciocchi, príncipe de Lucca. Sus hijos eran Elisa y el príncipe Félix Bacciocchi. Este último fué nombrado en 1852 por Napoleón primer chambelán y luego senador, y representó un importante papel en la corte. Su hermana Elisa había estado casada con el conde de Camerata, del cual se divorció en 1830 y murió en 1869 en su quinta de Kour-el-Ouet en Bretaña. Su hijo Napoleón, conde de Camerata, se suicidó en 1853, lo que dió lugar á calumnias increíbles contra la emperatriz Eugenia.

Finalmente hay que mencionar á la sobrina de Josefina, Estefanía Beauharnais, la gran duquesa viuda de Baden, que murió en 1860, y que fué vínculo importante para el enlace de la nueva corte imperial con las familias soberanas antiguas. Tenía tres hijas, que estaban casadas respectivamente con el príncipe de Wassa, el príncipe de Hohenzollern-Sigmaringen y el duque de Hamilton.

La mayor parte de esta numerosa parentela sacaba del emperador socorros pecuniarios; y por los papeles encontrados en las Tullerías se ha sabido que en el curso del reinado de Napoleón III, estos parientes recibieron de él por lo menos setenta millones de francos, de cuya cantidad cobró aproximadamente la mitad la familia de Jerónimo. Una cuenta del año 1868 demuestra que además del príncipe Napoleón y de la princesa Matilde, cobraron nada menos que treinta y cuatro parientes asignaciones y pensiones, figurando en pri-

mera línea la princesa Bacciocchi con 250,000 francos. Los últimos de esta larga serie cobraron pensiones, ó mejor dicho, limosnas de 8,333, 6,250, 6,000 y 2,000 francos, y entre estos últimos vástagos estaban las condesas Mosti, Tattini y Aveni, las marquesas Bartholini, Stefanoni y Parisani, las señoras Booker y Honorati, Mariana Bonaparte y otras. Además de estas pensiones fijas ocurrieron también gastos especiales y crecidos, como cuando se casó la duquesa de Mouchy, que recibió dos millones de francos, y cuando se casó su hermano Joaquin Murat le dió el emperador 180,000 francos. Su padre Luciano Murat había recibido en 1852 por vía de dotación dos millones de francos, y en 1860 recibió 400,000 mas. Por Aquiles Murat pagó el emperador en un año unos 80,000 francos de deudas, pero después de esta suma no quiso pagar mas. De toda esta parentela no pudo sacar ninguna utilidad. Ninguno de sus individuos le prestó un servicio notable; solo alguno hizo algo en su favor, pero poco. Todos vivieron de su bolsillo, cuando no le perjudicaron. Un bonapartista, Viel Castel, escribió con razón como juicio suyo de toda esta familia: «Caida y miserable.»

Para la consolidación y robustecimiento del imperio fué por lo mismo muy importante que Napoleón se casara y tuviera sucesión directa, y aun haciéndolo era necesario que tomara providencias para el caso de morir antes de tener sucesión. Con este propósito dispuso por decreto del 18 de diciembre de 1852 que, en caso de no dejar heredero directo legítimo ó adoptado, le sucediera su tío y los descendientes de éste. Al reservarse la adopción eventual quiso ejercer presión sobre el príncipe Napoleón, hijo de Jerónimo, que con sus inclinaciones republicanas se había desacreditado mucho entre los imperialistas. Estos manifestaron gran repugnancia á reconocerle algún día por soberano, y por lo mismo, las personas que rodeaban al emperador insistieron con gran empeño en que tomara esposa, y si fuera posible que eligiera una princesa de alguna dinastía antigua. Napoleón deseaba lo mismo, pero temía con razón verse rechazado por las familias antiguas. La única familia donde podía esperar que encontraría acogida era la de la gran duquesa viuda Estefanía de Baden, cuyas nietas, las hijas del príncipe Gustavo Wassa y las del príncipe de Hohenzollern, eran casaderas, y si bien sus padres no eran soberanos reinantes, eran de cuna equivalente. El emperador probó fortuna; pero recibió amargos desengaños. Primero se dirigió á la princesa Carolina Wassa, y se le contestó que ya estaba prometida al príncipe heredero de Sajonia (1). No ofreció mejor resultado su pretensión á la mano de la princesa de Hohenzollern primero, y después á la de la princesa Adelaida de Hohenlohe, á pesar de hablar en su favor la reina Victoria, tía política de la princesa (2). Rechazado así, decidió buscar esposa en otra región mas inferior. Sus consejeros íntimos, en especial Morny, le aconsejaron que la buscara entre la nobleza francesa; pero también allí temió Napoleón ser rechazado, y entonces dijo á sus consejeros, dejándolos estupefactos, que había elegido por esposa á una joven española, la señorita Eugenia de Montijo. La madre, condesa de Montijo, vivía hacia muchos años en Francia ó viajando, y no gozaba de la mejor fama. Descendía de la familia escocesa de Kirkpatrick de Closeburn, que había seguido á los Estuardos al destierro. En 1810 se había casado con un grande de España, don Joaquin de Montijo, que después fué duque de Teba y sirvió en el ejército de Napoleón I. De

(1) Algunas noticias interesantes se encuentran sobre este proyecto en la obra alemana del conde de Durckheim: *Recuerdos antiguos y modernos*.

(2) Malmesbury, tomo II, págs. 92 y 97.